

ECA

Estudios Centro Americanos

Año IV—San Salvador, Centro América — Enero y Febrero de 1949—Núm. 27

Orientación

Y LA PAZ NO VIENE



EL AÑO 1949 comienza con mal sino. La guerra fratricida se ceba sin piedad en China. Chiang-Kai-Shek, uno de los grandes agoniza y su ocaso se avecina. Holanda, contra el parecer del Consejo de Seguridad, se lanza de nuevo a las armas en la infortunada Java. Las guerrillas de Grecia, a pesar de la ingente ayuda norteamericana, no pueden ser eliminadas. La solución del pleito coreano está en pie. Las escaramuzas guerreras pululan en Palestina, con peligro de nuevas complicaciones. Los tratados de paz con las naciones centroeuropeas ni se vislumbran. El brutal bloqueo de Berlín continúa irreductible y retador.

La paz que con tanto júbilo se celebró el día 7 de mayo del año 1945, no acaba de llegar. Pocas semanas después se rendía el Japón aterrorizado por el resplandor apocalíptico de la bomba atómica. Pero ya para esa época estaba resquebrajada la paz por las discordias surgidas entre Stalin y Truman en la reunión de Postdam. Después las grietas se han ido ensanchando hasta convertirse en abismo.

Se clausuró solemnemente la Conferencia de París el pasado diciembre y los frutos no se ven por ninguna parte. ¿Cuándo tendremos la paz anhelada sin que la pesadilla de un futuro incierto nos intranquiliice? En la apertura de estas grandes asambleas por la paz se nos ensancha algo el corazón. ¡A ver si por fin los hombres encargados de plasmar la paz logran entenderse para que el mundo descanse tranquilo. Con esta esperanza abordamos el año de 1948, y cuando muere se dibuja

en el horizonte la misma interrogante fatídica de la guerra. El mundo parece que no tiene remedio. Y no lo tendrá mientras no se busque la paz, pura y simplemente, con sinceridad. Con recelos, egoísmos y ambiciones los choques son inevitables. Después de tan prolongadas esperas, de tanta asamblea, consejos y comités, con dispendios tan onerosos, el pueblo va perdiendo su fe en las organizaciones internacionales encargadas de buscar la paz. Quizás se nos tache de pesimistas, de escépticos. Pero la realidad cruda se impone. Más aún, ¿no parece que esos mismos organismos se declaran impotentes para conseguirla, cuando las mismas naciones que los integran, aunque sin abandonar los últimos esfuerzos por la paz, han emprendido recelosas esa carrera loca del armamentismo? Todo lo cual hace sospechar que la tensión internacional se pone cada vez más tensa.

Si quieres la paz prepárate para la guerra. Pero al parecer no todos quieren la paz. El hecho es evidente. Rusia, o Stalin, no quiere la paz. Por eso los otros que se preparan con tanto afán para la guerra, no es porque odien la paz, sino porque temen y con razón la guerra.

El Papa en su tradicional mensaje de Navidad dió la voz de alarma contra la carrera desbordada de los armamentos. Porque si el cielo no se apiada, es señal de que pronto, la pobre humanidad se verá envuelta en una nueva catástrofe.

Las voces de desaliento cunden por todas partes. La desconfianza de los pueblos en la organización de la O. N. U. se hace por días más palpable. Hay que renocer a pesar de todo, que siempre se hace algo. Pero ello es muy poco, porque el problema básico y fundamental, que es el de la paz, hasta la fecha está sin resolverse. Uno de los éxitos de la reunión de París fué el aprobar por unanimidad la carta de los Derechos del Hombre. Magnífico. Pero esto más bien parece una ironía. Y en ese sentido lo tomarán la docena de naciones que permanecen esclavas y encerradas tras el cortinón de acero.

En la reunión de Postdam, y en todas las juntas preparatorias de Cancilleres y expertos militares que la precedieron, incluso en las de Yalta y Teherán, se convino, según palabras del ex-secretario de Estado Byrnes, en su libro «Hablando Francamente», la Unión Soviética tendría bajo su exclusiva influencia a Rumanía, Bulgaria, Yugoslavia y Polonia. De estas cuatro naciones, las dos últimas, Yugoslavia y Polonia, debían recibir tratamiento, no de países enemigos, sino de naciones liberadas del yugo alemán. Y por consiguiente debían recibir de inmediato su independencia, lo mismo que Checoslovaquia y Grecia. Y se convino además, entre Churchill, Roosevelt y Stalin, que en todas esas naciones sometidas a la esfera rusa se efectuarían a la mayor brevedad posible, elecciones libres y pulcras, que permitieran al pueblo elegir a sus gobernantes. Esto es lo que se acordó y lo que se pactó, pero la realidad es

sangrante. Esos pueblos tras el infranqueable cinturón rojo sólo saben de tormentos, de torturas y de martirios. Pero, por lo demás estemos tranquilos, porque la carta de los Derechos del Hombre está ya aprobada.

También en lo económico, en lo social, en lo cultural, se han dado pasos muy apreciables en las Naciones Unidas. Nada de eso sin embargo, logra apaciguar los espíritus anhelantes de paz.

Un editorialista de París dijo no ha mucho: «No sabemos si la segunda Sociedad de Naciones, está agonizando como se vaticina. Pero lo que sí puede decirse es que tal como anda no puede continuar; que se tambalea, que caerá para no levantarse más como la otra, si no toma otro derrotero y no la sostienen otros principios. A cada reunión de sus miembros constitutivos se comprende más la debilidad ingénita de la O. N. U. y su impotencia, no sólo para curar los males internacionales, mas ni siquiera para conservar la propia salud. La O. N. U. desfallece sencillamente, porque le falta base esencial de su existencia, es decir la convicción de solidaridad entre sus componentes, sobre todo entre sus dirigentes, inspirados por el egoísmo que les lleva a defender sus propios intereses nacionales e internacionales antes que los universales». Más aún, además de reinar en ella el egoísmo existe en su seno un elemento desconcertante y subversivo, Rusia, que si no se acaba con ella, ella se encargará de acabar con la O. N. U., porque tiene en su mano el poderoso veto para aplastar a todo aquello y a los que no le agradan.

Pero al fin parece que «los otros» se van convenciendo del fracaso de la política de apaciguamiento. Ya en el Occidente se perfilan los nuevos bloques de defensa y se comienza a hablar claro al «omnipotente» Stalin. «Nuestro gran aliado, dijo Mr. Truman en Kansas, tiene un sistema moral que no tiene nada de moral. Los contratos no son sagrados para el Gobierno Soviético. Y que la situación actual era afectada por la inhabilidad del mismo aliado, a un ajustamiento para crear los fundamentos de la paz en el mundo. Hice ciertos acuerdos específicos en Postdam, ninguno de los cuales ha sido mantenido por el Gobierno de Rusia. Y los acuerdos hechos en Yalta tampoco han sido mantenidos». (Kansas City, 28, dic. 1948).

Y para cargar más las tintas, al aceptar Dean Acheson el cargo de Secretario de Estado, hizo estas textuales declaraciones: «El comunismo es fatal para una sociedad libre».

Los que conocen un poco al comunismo por dentro nada se extrañarán de tan crudas manifestaciones, lo que sí les maravillará es el que se hayan hecho tan tarde.

Muchos se han lamentado de las concesiones que hace diez años se hicieron en Munich y que no sirvieron más que de estímulo para nuevas e injustas expansiones del nazismo. Y como todo tiene su límite, aque-

llo también lo tuvo, y al fin vino el cataclismo que todos temían y nadie deseaba.

El paralelismo histórico de hoy se parece mucho al de ayer. Un imperio que nacía vigoroso con ambiciones insaciables de dominio, y que sin reparar en medios, se lanzó ciego a saciar sus aspiraciones. El imperio que se está forjando hoy en la Eurasia es más poderoso si cabe que aquel. Los principios en que se funda son inmorales. Sus hombres no tienen palabra de caballero, ni honor, ni vergüenza. Con más claridad no lo pudo expresar Mr. Truman. Los medios que emplean para el logro de sus fines son infrahumanos. Se han lanzado a la conquista del mundo con frenesí. Ahora nos preguntamos, si los acontecimientos del 39, desembocaron en la segunda guerra mundial, ¿quién podrá predecir el fin que va a tener el estado de tensión imperante hoy en el mundo? Ojalá que todo se pudiera arreglar por las buenas. A esto se deben enderezar los esfuerzos de los que tienen en sus manos los destinos del mundo.

Este es el deseo anhelante del Sumo Pontífice, que no cesa de clamar y gemir para que reine la cordura y la justicia entre todos los hombres. En la alocución antes citada de Navidad ofreció al mundo un programa de cuatro puntos para eliminar la pesadilla de la guerra y poner coto a la ansiedad con que los pueblos anhelan el imperio de la paz. Primero. Utilización de las armas cristianas de la oración, el amor y la paciencia. Segundo. Reducir a la opinión pública llevándoles el convencimiento de que no es preciso convertir en *casus belli*, cuestiones que afecten al honor nacional. Y recomendó a este propósito que todo transgresor sea reducido a un aislamiento infamante. Tercero. Eliminar o por lo menos mitigar las causas usuales de la guerra, tales como las insuficiencias de territorio y la falta de materias primas. Cuarto. En caso de agresión las naciones del mundo deberían actuar de acuerdo con un régimen de solidaridad. Programa ideal. Para desgracia nuestra no se basan en este programa los principios de las organizaciones mundiales por la paz. Se ha desterrado de la Magna Asamblea Mundial, hasta el nombre de Dios. Mal camino para conseguir la paz. No nos salvaremos por ese camino. La verdadera senda de la paz es: «el reconocimiento de los derechos reales de Cristo, y la vuelta de los particulares y de la sociedad a la luz de su verdad y de su amor son la única vía de salvación». (Encíclica *Summi Pontificatus*, Pío XII).

Basiliano Muruzábal, S. J.